

Introducción (Pablo y el papel de la mujer en la Iglesia)

“Pablo tiene que enfriarse un poco con nosotras, porque está bien caliente con nosotras las mujeres” me dijo (al p. Martin Lenk) recientemente una señora muy comprometida en el trabajo comunitario de una parroquia. Parece bien importante *enfriar* a San Pablo, ya que hay muchos prejuicios sobre su supuesta actitud contra las mujeres, que no raras veces llevan a un rechazo de su obra. Algo muy triste si pensamos en la inmensa riqueza de las cartas paulinas.

Vamos a tratar tres temas para explicar un poco más la posición de Pablo, que naturalmente – igual que todos nosotros- es hijo de su tiempo, de su época.

1ª Semana. Pablo y los derechos de las mujeres

Notas de referencia

(En el libro: páginas 126-131); Gal 3, 26-29

Pablo insiste en la gracia. Nadie es nada por haber nacido en tal o cual situación, nadie es nada por pertenecer a un pueblo, a una raza, a una familia, por ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer. Lo importante son la fe y el bautismo en el cual recibimos la gracia de ser Hijos de Dios. Por esto todas las otras diferencias de raza, abolengo, títulos, estatus social, no importan para Dios, lo importante es ser Hijo o Hija de Dios. Por esto Pablo escribe en Gal 3,28: “ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús”.

De hecho, San Pablo se refiere aquí a las tres grandes divisiones sociales que separan el mundo antiguo (de su época): 1) la división religiosa, nacional, racista entre “judíos y griegos”, 2) la fuerte división social entre “esclavos y libres” y 3) la división de los sexos, que en la antigüedad tenía repercusiones mucho más hondas que hoy, entre “hombre y mujer”. San Pablo afirma que estas tres divisiones están definitivamente superadas en Cristo, ya que *nadie es nada*, o no ser por la gracia de Cristo.

La insistencia de Pablo es en la Gracia, porque la Gracia permanece para siempre, es el amor de Dios. Por esto su lucha se centra en la primera división, es decir, entre “judío y griego”. La salvación es para todos. Pablo no es un luchador ni para la abolición de la esclavitud, ni para

los derechos de las mujeres, sino que con su teología de la gracia pone la base teológica de la igualdad de todos los seres humanos delante de Dios.

Un detalle curioso encontramos en la Segunda carta a los Corintios. Pablo cambia ligeramente un texto del Antiguo Testamento. Pablo cita a 2 Sam 7,14 (Subrayamos las palabras que Pablo agrega al texto hebreo y griego del Antiguo Testamento): “Yo seré para ustedes padre, y ustedes serán para mí hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso” (2 Cor 6,18). Posiblemente sin darse cuenta, Pablo añade “las hijas” a la cita de Samuel, haciendo así explícito las mujeres, que naturalmente siempre estaban incluidas.

Pautas de Reflexión:

1. ¿Cuáles son las grandes líneas “divisorias” entre la gente en el mundo de hoy?
2. ¿Qué nos dice sobre esto la teología de la gracia de San Pablo?
3. ¿Qué aplicación puede tener esto en la vida de nuestra comunidad parroquial, o de nuestra ciudad, o de nuestro país?

2ª Semana. Las mujeres en las comunidades de Pablo

Notas de referencia.

(En el libro: páginas 128-129); Hch 16, 11-15

No debemos olvidar el papel destacado de las mujeres como colaboradoras de Pablo. Erróneamente se ha creado una imagen falsa de Pablo con respecto a su relación con las mujeres en la obra de evangelización que realiza. En muchos momentos las mujeres colaboradoras son claves para la obra de Pablo. Mencionamos algunas:

Comenzamos con Lidia. La primera comunidad cristiana de Pablo en Europa es una comunidad de mujeres en Filipos. El sábado Pablo y sus compañeros “se pusieron a conversar con unas mujeres” (Hch 16,13) que ahí estaban reunidas junto al río para orar. Se destaca especialmente una mujer que se llama Lidia de Tiatría, ella se bautiza con su familia e invita a los apóstoles a su casa, o mejor dicho, los obliga a ir a su casa, donde se instala la primera comunidad en Filipos, la comunidad que Pablo de alguna manera quiere más que las otras comunidades, como consta por la carta a los Filipenses. Igual en Tesalónica se dice que había muchas mujeres nobles que se agregaron a la comunidad que se fundó (He 17,4). Lo mismo se repite

en Beroa (He 17,12). La ayuda que le prestaron las mujeres fue un punto importante en la envidia y la enemistad que se granjeó Pablo en muchos lugares.

Entre los pocos que llegaron a la fe en Atenas se menciona con nombre a Damaris (He 17,34). Y llegando a Corinto, casi inmediatamente Pablo se une a la pareja *Priscila y Áquila* (18,2) que se menciona bastantes veces en el Nuevo Testamento. También en sus cartas Pablo menciona saludos de y para Priscila y Aquila (cf. Rom 16,3-5). Es curioso que en esta pareja, Pablo, contrario a la costumbre de su tiempo, menciona a veces primero a la mujer, a Priscila, parece que ella llevaba la fuerza que empujaba la misión, como también hoy puede suceder en muchas parejas que colaboran en la Iglesia.

Hay muchas otras mujeres por mencionar en la obra apostólica de Pablo como Febe, la diaconisa de la Iglesia de Cencreas, (Rom 16,1s), la “querida Apia”, esposa de Filemón (Flm 2) y Andrónico y Junia, probablemente una pareja misionera que se califican como parientes de Pablo e “ilustres entres los apóstoles” (Rom 16,7).

Aunque los apóstoles eran hombres y los compañeros de Pablo en su misión eran hombres, la misión de Pablo hubiese sido imposible sin la colaboración de muchísimas mujeres. Parece que la mujeres como las primeras educadores, son la clave en la transmisión de la fe, así Pablo recuerda a Timoteo que recibió la fe primero de su abuela Loida y de su madre Eunice (1 Tim 1,5).

Preguntas de Reflexión:

1. ¿Qué importancia tenían en la misión de Pablo las mujeres?
2. ¿Qué importancia tienen hoy las mujeres, madres y abuelas en la transmisión de la fe?

3ª Semana. Expresiones de Pablo que nos pueden escandalizar

Notas de referencia.

(En el libro: páginas 129-130); Ef 5, 24-33

Hay que decirlo otra vez, Pablo, al igual que todos nosotros, es hijo de su tiempo. Y muchas mujeres –y no sin razón- se han molestado con el aspecto jerárquico que da al matrimonio (Ef 5,24): “Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo”. Quizás no habrá que molestarse tanto con Pablo como con el abuso que se

ha hecho con sus textos, sobre todo dejándolo ahí sin mencionar lo que viene unos versículos más adelante: “Maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (5,25). Aquí Pablo dice sencillamente que la fidelidad del marido a su mujer tiene que ser tan inquebrantable como la de Cristo a la Iglesia, y que el amor tiene que llegar hasta la entrega en la muerte, como Cristo murió por la Iglesia, tremenda responsabilidad para los hombres de todos los tiempos. Ya unos versículos antes Pablo había dicho en sentido de reciprocidad: “Sean sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo” (Ef 5,21).

En la primera carta a los Corintios Pablo dedica el capítulo 7 al matrimonio y el celibato. Parece realmente revolucionario lo que afirma. El hombre tiene derecho sobre el cuerpo de la mujer, pero igualmente la mujer tiene derecho sobre el cuerpo del hombre. Jamás se había escuchado semejante cosa en la antigüedad, que “la mujer tiene derecho sobre el cuerpo del hombre” (1 Cor 7,3s). Resumiendo, Pablo enseña la igualdad y la diferencia entre varón y mujer, algo muy fundamental, hay igualdad porque todos son hijos de Dios y tienen los mismos derechos, y hay diferencia, porque sin esta diferencia, porque hay dimensiones femeninas y masculinas en la vida. Curiosamente el mismo Pablo a veces se atribuye también estas dimensiones femeninas, en Gal 4,19 escribe: “¡hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en ustedes” y a los tesalonicenses se dirige: “nos mostramos amables con ustedes, como una madre cuida con cariño de sus hijos” (1 Tes 2,7).

Quizás la palabra más escandalosa encontramos en 1 Cor 14, 34s: “las mujeres cállense en las asambleas; que no les está permitido tomar la palabra antes bien, estén sumisas como también la Ley lo dice. Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus propios maridos en casa; pues es indecoroso que la mujer hable en la asamblea.” Clarísimamente esta afirmación está en tensión con lo que dice 1 Cor 11,5, donde Pablo dice que la mujer puede hablar proféticamente en la Iglesia, sólo que lo haga con la cabeza cubierta, como signo de su potestad. Y así es y debe ser hoy, aunque naturalmente con la necesaria decencia, que en tiempo de Pablo significaba cubrirse la cabeza y que hoy tendrá otros elementos. En 1 Cor 11,11 Pablo concluye: “Por lo demás, ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer, en el Señor. Porque si la mujer procede del hombre, el hombre, a su vez, nace mediante la mujer. Y todo proviene de Dios.”

Preguntas de Reflexión:

1. ¿Nos hemos escandalizado alguna vez con alguna expresión de Pablo?
2. ¿Cómo podemos entender correctamente lo que decía Pablo?
3. ¿Qué significa esto para nosotros hoy?